

EL SUEÑO

POR ALFONSO GUMUCIO DAGRON

*No pasa
nadie. El río
ordena las hojas rápida-
mente. Tiempo perdido.*

(De "Soledad tengo de tí", de BLAS DE OTERO).

Soñaba que se encontraba en medio de la corriente de un río caudaloso que lo arrastraba implacablemente junto a enormes esferas de cristal que se quebraban contra las rocas, dejando escapar de su interior miles y miles de pequeñísimos números que, a su vez, se perdían inmediatamente bajo el agua.

Él, mientras tanto, braceaba desesperadamente en el sentido contrario a la corriente, y si no avanzaba al menos tampoco se dejaba llevar. Por momentos el torrente de agua lo hacía aparecer algunos metros más abajo mediante un golpe violento y sin poder evitarlo. Pero finalmente había logrado aferrarse a una de las esferas, la más reluciente e intacta, que se mantenía curiosamente inmóvil sobre la superficie del río, como ignorando su poderoso caudal.

Despertó. Un riachuelo de agua pura y brillante corría a su lado. Se encontraba tendido sobre la hierba y ésta tenía un aspecto extraño, un olor húmedo y antiguo. Cuando se levantó observó que su forma había quedado dibujada allí. Toda la zona que acababa de dejar su cuerpo, estaba ahora cubierta por un musgo amarillo, casi blanco, y mil hormigas, gusanillos, y bichos pequeños corrían por ella de un lado a otro como ciegos enloquecidos por los rayos del sol que declinaba ya en medio del silencio.

Su cuerpo estaba entumecido. Sus músculos tardaban en recuperar su flexibilidad natural, y sus movimientos eran duros y tremendamente torpes. Caminó atolondrado. Ese sueño había sido demasiado extraño. Se puso a recordarlo minuciosamente mientras dejaba poco a poco el paisaje húmedo y verde en el que había despertado. El leve murmullo del riachuelo se perdió en cuanto sus pasos comenzaron a guiarlo entre los árboles del bosquecillo.

Empezó ya a oscurecer y sin embargo, el bosque parecía no tener fin. A lo lejos distinguió las luces de algún pequeño poblado o hacienda, y éstas lo atrajeron y le infundieron fuerzas para seguir con la marcha. Pero noté que la distancia apenas disminuía mientras que él se encontraba cada vez más cansado, muy cansado...

Las piernas comenzaban a flaquearle pero quería continuar adelante. Finalmente, llegó. Fue también algo imprevisto. Había perdido ya la idea de acercarse, de llegar allí donde quería estar, y de pronto allí estaba ya. Sólo una pequeña luz se mantenía encendida en el lugar. Y el lugar era una hacienda reducida y silenciosa. Se acercó a la ventana iluminada. En el interior de la habitación que observaba descubrió a dos pequeños que jugaban en el suelo. Junto al fuego de la chimenea tejía una mujer relativamente joven, presumiblemente la madre de los niños. Y él se sentía cada vez más cansado y confuso, y aturdido y marcado y pesado...

Decidió llegar hasta la puerta para pedir ayuda. Hablaría con la mujer, sí, y le pediría ante todo un vaso de agua fresca. Ella podría orientarlo, dejarle al menos descansar, reposar siquiera unos instantes para poner en orden sus ideas, esas ideas que parecían en ebullición dentro de su cabeza.

Golpeó la puerta suavemente. Tres veces. La puerta se abrió y frente a él apareció la mujer joven y los dos niños junto a ella. Hola papá, le dijeron. Hola querido, dijo ella, pareces agotado. Maquinalmente respondió: me encuentro bien, gracias, sólo un poquito cansado. Y en ese instante tuvo la impresión de que lo mismo le había sucedido en la víspera.

